

Esta estructura del valor tiene que proveerla la axiología y "valor" es para ella "las cualidades primarias de los fenómenos de valor". El "valor" de Morris es sólo la categoría aristotélica de selección, que él designa como "conducta preferencial".

Para Hartman, la exigencia axiológica del momento es una "teoría formal de la axiología basada en la penetración en el fenómeno de valor mismo". Nuestra época, según el autor, cuenta con tal penetración en la obra de G. E. Moore. La axiología científica tendrá que olvidarse de la actual teoría social y axiológica y deberá combinar los conceptos sintéticos con una medida sintética.

Hartman da por resuelto el problema que está a la base de todo su ensayo: si es posible o no la medición del valor. Como seguidor de G. E. Moore, es evidente que concede dicha posibilidad. No obstante, el lector desconoce la razón de su posición ante este problema. En este ensayo se ha limitado a rechazar una medición del valor que él considera ilegítima y a insinuar su idea de lo que debe ser una medición legítima. Pero aún nos falta la fundamentación apolémica de esta axiometría. Falta una "metafísica" del valor.

Es quizás esto lo que Hartman se proponga hacer en su último libro. *La estructura del valor. Fundamentos de la axiología científica*, que acaba de ser publicado por el Fondo de Cultura Económica y que también aparece reseñado en este número de *Dianoia*. El quinto capítulo del libro en cuestión propone "el sistema de la axiología científica"...

Pero su discusión rebasa los límites de esta reseña.

ESTEBAN TOLLINCHI
Universidad de Puerto Rico.

ALBERT CAMUS, *Problemas de Nuestra Época, Crónica Argelina*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1960.

En el momento en que escribo esta reseña, Francia se haya convulsa ante el progresivo empeoramiento de la situación en Argelia. Después de los acontecimientos del 13 de mayo de 1958, que precipitaron la caída del Premier Pflimlin y el acceso del General De Gaulle al poder, la crisis argelina no había llegado a un punto tal de intensidad que amenazase con el brote de una guerra civil. Las manifestaciones del Presidente francés respecto a una "Argelia argelina", así como su intención de celebrar un referéndum en Argelia como medio de solucionar el complejísimo problema, han creado las bases para el desencadenamiento de una reacción que puede dar al traste con su propio gobierno, al mismo tiempo que sumiría al pueblo francés en uno

de los momentos más difíciles de su historia. Quizás resulte demasiado prematuro emitir una profecía en cuanto al desenlace de esta difícil situación, pero tal vez ello sirva como base para reflexionar en cuanto al papel del gran hombre en la historia. Pues todo parece indicar que sólo una cosa media entre Francia y la guerra civil: Charles de Gaulle. Pero dejemos que la historia diga la última palabra.

Es dentro de este contexto que las reflexiones de Albert Camus sobre Argelia son tan importantes. He aquí a un hombre que—entre el ruido infernal de las ametralladoras y los gritos atormentadores de los torturados, levanta su voz para pedir, en nombre de la humanidad, el cese de la matanza de los inocentes y de la tortura. La voz de Camus es la voz de la moderación; él aplica en este libro, en términos concretos, su teoría acerca de la mesura, expuesta de manera tan elocuente en *El Hombre Rebelde*. Tal vez ya sea demasiado tarde; quizás su voz, apagada ya para siempre, no logre ser oída en la atmósfera de odio que permea todas las relaciones Franco-Argelinas. De ser así, una vez más se demostraría que la fuerza sólo logra engendrar la fuerza, y que el diálogo, cuando resulta imposible de realizar, deja un vacío que sólo puede llenar la coacción física.

Porque el llamamiento de Camus es precisamente al diálogo, a la discusión entre las partes contendientes. Condena él, en los términos más categóricos, tanto la tortura de parte de los franceses como el terrorismo de parte de los argelinos. "Cualquiera sean los orígenes antiguos y profundos de la tragedia argelina", dice Camus, "hay un hecho incontrovertible: ninguna causa justifica la muerte del inocente". He ahí la cuestión. Una vez más nos confrontamos con el problema perenne de la política: hasta qué punto el fin justifica los medios. Nuestro autor no puede aceptar la famosa proposición: "fiat iustitia, pereat mundus". Pues llega un momento en que el uso de medios injustos para la obtención de un fin justo rebota sobre este y termina por derrotarlo. Esta es la "lógica de la interminable destrucción", como la llama él agudamente, y se basa sobre la noción de que todos los medios utilizados para la obtención de un fin—declarado justo de antemano—están justificados siempre y cuando que el fin pueda ser obtenido. Esto equivaldría a el entronizamiento de la eficacia como el criterio último de la acción política, y al igual que lo había hecho ya en *El Hombre Rebelde*, Camus rechaza de plano este nihilismo histórico:

Las represalias contra las poblaciones civiles y las prácticas de tortura son crímenes de que todos nosotros somos solidarios. Que hayan podido producirse entre nosotros tales hechos es una humillación a lo que, en adelante, tendremos que hacer frente. Mientras tanto, debemos

por lo menos negar toda justificación, siquiera a los efectos de la eficacia, a tales procedimientos. En el momento en que, aun indirectamente, los justificamos, desaparecen todas las reglas y todos los valores. Todas las causas echan mano de esa justificación y entonces la guerra sin objetivos ni leyes consagra el triunfo del nihilismo. Quieras que no, volvemos a la selva, en la que el único principio es la violencia. (pág. 12.)

Nuestro autor, como ya lo había hecho en 1945 al escribir sus *Cartas a un amigo alemán*, se declara una vez más en favor de la justicia: lo que él pide para Argelia es, no una política de expiación, sino una política de reparación. "Reconozcamos nuestros errores en Argelia", dice a sus compatriotas. Francia abdicará en Argelia sólo si decide prolongar la injusticia a que indudablemente ha sometido a los argelinos, y si se niega a hacer las reformas necesarias para mejorar la condición económica y política de los 9.000.000 de musulmanes que viven allí. De otra parte, los rebeldes deben reconocer que los franceses residentes en Argelia no pueden ser lanzados al Mar Mediterráneo. Para lograr una solución que satisfaga a ambas partes, Camus sugiere un sistema federado, en donde Argelia continúe asociada a Francia en una federación, proveyéndosele representación, en un Parlamento especial, a los musulmanes del estatuto Coránico.

Que las demandas de los Argelinos son legítimas Camus no cuestiona en modo alguno. Una de las partes de su libro es un relato de la extrema miseria en que viven los Kabilia en las montañas de Argelia. La extrema pobreza a que está condenada la mayor parte de la población árabe; el régimen colonial y sus abusos; las mentiras de la asimilación cultural; la injusticia en la distribución agraria; el sufrimiento psicológico que trae consigo el colonialismo; todas son causas más que elocuentes —señala nuestro autor— para la rebelión argelina. Pero la independencia total de Francia, añade él, crearía graves problemas económicos para un área que está vinculada estrechamente a la metrópoli francesa, amén de la posibilidad de que Argelia pase a formar parte de un movimiento Pan-Islámico bajo la égida del Coronel Nasser. Además, no puede pasarse por alto, y lo voy a citar: "El derecho a la existencia, y a la existencia en su patria, de 1.200.000 franceses autóctonos, que no es el caso de dejar a la discreción de los jefes militares fanáticos" (pág. 142). El federalismo: he ahí una solución digna, señala Camus.

Naturalmente, Camus escribe como un francés. Cuando habla de Berbat Abbas, alaba en él su "cultura francesa", y teme por consiguiente el Pan-Islamismo que manifiestan algunos de los jefes mili-

tares del F. L. N. Argelia debe seguir vinculada a Occidente, no sólo estratégicamente—algo que Camus no pasa por alto—, sino también culturalmente.

Un argelino podría argumentar que, desde su punto de vista, las consecuencias de la guerra de Argelia para el futuro de Occidente no le interesan; lo único que a él le preocupa es la independencia de su patria. Estoy seguro de que Camus hubiese estado dispuesto a dialogar con él sobre el particular, fiel a lo que él considera como “el papel de intelectual”, es decir, “distinguir, según sus medios, en cada campo, los límites respectivos de la fuerza y la justicia. Consiste, pues, en esclarecer las definiciones, para desintoxicar los espíritus y apaciguar los fanatismos, aun en contra de la corriente”. (pág. 18.)

Mas tal vez ya es demasiado tarde, y no será posible utilizar el antiséptico del diálogo para “esclarecer las definiciones y desintoxicar los espíritus” especialmente cuando otros escritores franceses de gran prominencia intelectual hablan de “llevarle las maletas” a los rebeldes argelinos (Sartre). Este libro muestra a Camus—el hombre y el intelectual—desgarrado por la crisis que aqueja a su patria, tratando de ser oído entre los gritos y las imprecaciones, entre las bayonetas y las bombas. ¿Será oído? Una vez más debemos remitirnos al juicio de la historia.

MANUEL MALDONADO DENIS
Universidad de Puerto Rico.

An Anthropologist at Work, Writings of Ruth Benedict, editado por Margaret Mead, Houghton Mifflin Co., Boston 1955, 585 pags.

Este libro—como bien nos dicen los editores— es tanto la historia de un nuevo miedo de la antropología como la biografía de una mujer sensitiva, brillante y esquivia.

Ruth Benedict, inauguró una nueva época en la antropología norteamericana. Nació en Nueva York en 1887. Recibió su bachillerato en el Vassar College en 1907. Diez años más tarde los cursos que tomó bajo Elsie Clews Parsons y Alexander Goldenweiser en la New School of Social Research la orientaron hacia la antropología. En su carrera recibió el influjo estimulante de tres grandes antropólogos: Franz Boas su maestro, Edward Sapir su colega y amigo, y Margaret Mead su primera y afamada discípula.

Se acercó a la antropología al asistir en 1919 a las conferencias de la New School of Social Research, donde enseñaban figuras bri-